

testigos reclamados por los acusados, á lo que le respondieron Billaud y Saint Just aterrándole con nuevas amenazas.

Al día siguiente la audiencia empezó muy tarde; se quería consumir el tiempo, á fin de no dar lugar á que apareciese la verdad que se temía. Dantón pidió la palabra para continuar su defensa; se le negó, á pretexto de que se iba á interrogar á los otros acusados sobre los hechos que se les imputaba. El primero fué Herault, acusado de haber revelado á las potencias extranjeras los secretos del Comité de Salvación pública. El presidente leyó extractos de una correspondia diplomática, cogida á bordo de un buque enemigo, y en la que se mencionaba á Herault como remitente de los informes á los extranjeros. El presidente tampoco exhibió, como en el caso de Fabre d'Eglantine, los documentos originales; que se pueden ver hoy en los archivos nacionales, y en los que no se encuentra el nombre de Herault. Evidentemente, Herman era un falsario; había ido más allá de lo que exigía Robespierre, que le había transmitido los documentos. Por lo demás, las tales cartas no contenían sino miserables cuentos, indignos de ser tomados en serio, y se necesitaba de todo el espíritu atrabiliario de Robespierre y de la manía de desconfianza universal que le asediaba, para hallar en ellos motivos de pensar que hubiera habido traidores en el seno del Comité de Salvación pública. Lejos de haber cometido traición, Herault prestó, siendo individuo del Comité, un servicio importante, y fué, que durante una comisión en el Este, obtuvo el mantenimiento de la neutralidad por parte de Suiza, que las potencias trataban de arrastrar á la coalición.

Se pasó á Camilo Desmoulins, á quien se acusaba de haber intentado ridiculizar, en su *Viejo Cordelero*, el decreto sobre la destrucción de todos los signos que recordasen el feudalismo y la monarquía. Camilo se defendió exponiendo sus largos servicios desde el día en que diera la señal de la gran sublevación que terminó por la toma de la Bastilla. «He abierto la Revolución, dijo, y mi muerte va á cerrarla».

La defensa de Lacroix, compañero de Dantón en la comisión á Bélgica, provocó sobre los sucesos de treinta y uno de Mayo y de dos de Junio importante debate, cuyos puntos esenciales se han restablecido merced á las notas de Topino Lebrun. Hay en estas notas revelaciones, que modifican el relato que se ha hecho hasta aquí de aquellas tristes jornadas. Se ha presentado á Dantón, Lacroix y Herault como disidentes en el movimiento insurreccional, y á Dantón como neutral en la acción, cuando la verdad es que Dantón, si vió el movimiento con pena, tomó, sin embargo, parte en él desde que juzgó definitivamente fracasado su esfuerzo para reconciliarse con los girondinos. Del treinta y uno de Mayo al dos de Junio, los conspiradores del Obispado trataron de degollar á los girondinos; Robespierre maquinó declararlos acusados; Dantón quiso suspenderlos, como medio de salvarlos, alejándolos por algún tiempo de la vida política. Directa ó indirectamente, Dantón y Robespierre se concertaron para formar en los jacobinos aquel Comité de los Once, que

removió á los asesinos del Obispado y osó intervenir en la Municipalidad. Aunque Dantón, Lacroix y sus amigos protestaron contra las brutalidades de los bandos que sitiaron á la Convención, eran sin embargo cómplices de la presión ejercida sobre ésta, al intento de obligarla á suspender de las funciones legislativas á los principales girondinos.

Fouquier-Tinville interrogó á Philippeaux:—«Se os acusa de haber atacado al gobierno con nuevos escritos, haber votado la apelación al pueblo, haber calumniado á Marat y haberos declarado defensor de Rolland».—«Si es un crimen denunciar al Gobierno los abusos que se cometen en su nombre, soy en efecto culpable, respondió Philippeaux; pero ¿se ha pervertido la moral al punto de cambiar en crímenes las acciones virtuosas?»—«Habéis tratado de envilecer al Comité de Salvación pública, insistió Tinville, con las declamaciones que habéis publicado contra él».—A este cargo contestó Philippeaux restableciendo punto por punto la verdad de los hechos, y entonces, enfurecido el irascible acusador por aquella precisión que le dejaba mudo, se dejó llevar al extremo de lanzar inectivas al acusado. Philippeaux le paró con estas dignas palabras:—«Puede usted hacerme perecer, más ultrajarme se lo prohibo».

Insistían una y otra vez los acusados en la comparecencia de los diputados, como testigos de descargo, y en que el Tribunal solicitase de la Asamblea el nombramiento de una comisión que recibiese sus denuncias, apelando al pueblo en el caso de ser su petición rechazada. Renovóse el altercado de la víspera, porque Tinville no había cumplido su palabra de escribir á la Convención acerca de los testigos reclamados. El presidente y el acusador público hallábanse perplejos y mohinos, viendo al público inclinado á favor de los acusados. Entonces, en vez de atender las justas reclamaciones de éstos, Fouquier tuvo la diabólica idea de escribir al Comité de Salvación pública una carta, en la que pintaba á los acusados en estado de rebelión y pedía un decreto.—«Ciudadanos representantes: Terrible tempestad ruge desde que la sesión se ha abierto; los acusados piden furiosos la audición de los diputados testigos de descargo...; apelan al pueblo de la negativa que presumen se les da. A pesar de la firmeza del presidente y de todo el Tribunal, sus reiteradas reclamaciones perturban la sesión... Trazadnos definitivamente nuestra regla de conducta, puesto que el orden judicial no nos suministra ningún medio de motivar esta negativa sin un decreto».

Si esta carta se hubiera leído en la Asamblea, quién sabe si los acusados se hubiesen salvado; pero los individuos del Comité de Salvación pública se guardaron bien de ello. Saint-Just corrió á la Convención, subió á la tribuna y, agitando la carta en la mano, afirmó que contenía los detalles de la rebelión de los acusados al pie de la justicia.—«El acusador público, dijo, nos ha participado que por la rebelión de los culpables se han tenido que suspender los debates hasta que la Convención provea». Con este motivo, declamó violentamente acerca de la supuesta suspensión, disfrazando de rebelión contra la ley, de insulto



contra el país, la reclamación completamente legal de los acusados. Se guardó de decir una sola palabra sobre la causa de esta reclamación, esto es, sobre la negativa del Tribunal á llamar á los testigos de descargo; lejos de esto, mezcló hábil y pérfidamente á este asunto la denuncia, presentada por un tal Laflotte, de una conspiración fraguada en la cárcel de Luxemburgo.—«No había ejemplo de que la justicia fuese insultada, siguió diciendo. Pues bien, sus nuevos conspiradores han recusado á la conciencia pública. ¿Qué más se necesita para acabar de convencernos de sus atentados? Los desgraciados confiesan su crimen resistiendo á las leyes. Solamente á los criminales espanta la terrible equidad. ¡Cuán peligrosos eran todos los que, bajo formas sencillas, ocultaban sus maquinaciones y su audacia! En este instante se conspira en las cárceles á favor suyo; en este instante la aristocracia se agita; la patria está en peligro. La mujer de Desmoulins reparte dinero, con el objeto de promover una insurrección y asesinar á los patriotas y al Tribunal revolucionario».—Nada de esto era cierto. Los sospechosos que llenaban las cárceles, ni por asomo pensaron en asesinar á los patriotas; lo único que hubo fué que, enterados de la agitación del pueblo, concibieron esperanzas de libertad y se pusieron en comunicación con sus amigos de fuera. La esposa de Desmoulins, Lucila, exaltada por la desesperación, se limitaba á escribirse con amigos de su marido encerrados en el Luxemburgo, y que soñaban en un movimiento popular. Esto, y no más que esto, fué lo que un traidor denunció. Todo lo demás lo inventó la perfidia de Saint Just, el cual terminó su discurso proponiendo á la Convención este decreto: «Todo sospechoso de conspiración que resista ó insulte á la justicia nacional, será declarado inmediatamente fuera de los debates». El decreto fué votado sin discusión, y dos individuos del Comité de Seguridad general se encargaron de llevarlo al Tribunal.—«El declarante, dice Paris, se hallaba en la sala de los testigos cuando llegaron; los vi pálidos, pintados en su semblante la cólera y el espanto; hasta tal punto temían que escapasen á la muerte sus víctimas; me saludaron, y yo, queriendo saber lo que había de nuevo, les interpele. Vouland me dijo: «Ya están cogidos, los malvados conspiraban en la cárcel de Luxemburgo». Llamaron á Fouquier, que estaba en la audiencia; al instante salió; y Amar, al verle, dijo, agitando en la mano el decreto:—«Aquí tienes lo que pides», y Vouland añadió:—«He aquí lo que te facilita el camino». Fouquier respondió sonriendo:—«A fe que nos hacía falta»; y volvióse con aire de satisfacción á la sala, donde leyó el decreto y la relación de la policía sobre la conspiración de la cárcel. Los acusados se quedaron horrorizados de mentira tan espantosa. El desgraciado Camilo, al oír pronunciar el nombre de su mujer, lanzó gritos de dolor:—«¡Malvados, no contentos con asesinarme, quieren asesinar á mi esposa!»—Dantón estalló frenético contra el pérfido medio empleado por sus enemigos para engañar á la Convención; intimó á los jueces, á los jurados, al pueblo á declarar si era cierto que los acusados hubiesen forzado al Tribunal á interrumpir los debates. El Tribunal no se atrevió á responder. Gritos de

¡Traición! salían de entre la muchedumbre. Lacroix mezclaba sus voces á las de Dantón:—«¡No hay deliberación!, exclamaba; ¡que se nos conduzca al cadalso; hemos vivido bastante para dormirnos en el seno de la gloria!»—Philippeaux, impasible, parecía haber adivinado de antemano el desenlace del proceso. Durante esta desgarradora escena para las almas honradas y sensibles, los individuos del Comité de Seguridad general, colocados al pie de las gradas y detrás de Fouquier y de los jueces, contemplaban con bárbaro placer la desesperación de los desgraciados á quienes hacían inmolar. Dantón los ve, y señalándolos á sus compañeros de infortunio, grita:—«Vedlos, vedlos, ahí están los cobardes asesinos, que nos seguirán hasta la muerte».—En medio de aquel espantoso tumulto, el presidente levantó la sesión.

La noche se aprovechó en trabajar á los jurados. Vadier, Amat, Vouland y el pintor David, que era especialmente, en el Comité de Seguridad general, el hombre de Robespierre, no habían cesado de intervenir durante el proceso. Junto al Tribunal se los había visto siempre. Iban, venían, se agitaban, hablaban á los jueces, jurados y testigos, decían á cuantos llegaban que los acusados eran unos malvados, conspiradores impenitentes, y principalmente Dantón. Una y mil veces repitieron á los jurados, que absolver á Dantón era condenar á Robespierre.

Al día siguiente, cinco de Abril, se abrió la audiencia antes de las nueve de la mañana. Una vez más los acusados reclamaron sus testigos. El Presidente respondió que, conforme al decreto que autorizaba á cerrar los debates al cabo de tres días, los jurados se declaraban suficientemente informados.—«¡Cómo, exclamó Dantón, los debates cerrados! ¡Cómo, si aún no se han abierto, no se han presentado documentos, no se ha oído á los testigos! ¡Ya sabía yo que nuestra muerte estaba resuelta! No disputaré mi vida á los infames que me asesinan; habría deseado solamente que hubiese sido más útil á mi patria, á la que amaba tanto. ¡Pueblo, acuérdate de Dantón!»—Camilo había escrito su defensa, y al ver que no se le permitía leerla, estruja el papel entre sus manos y lo arroja á la cabeza de los jueces. Hubo quien lo recogió y llevó á la madre de Lucila. Esta refutación elocuente de las calumnias de Saint-Just se ha publicado á continuación de *El Viejo Cordelero*.

El Presidente ordenó á los guardias que se llevasen á los acusados. Se produjo entonces una escena desgarradora. Mientras que Dantón arrojaba, como último desafío, una mirada de desprecio á los jueces, Camilo, agarrado á su banco, resistíase á salir, al extremo de tener que asirle tres hombres, arrancarle por la fuerza y llevárselo literalmente, siendo conducido, con los demás acusados, á la Conserjería, donde se los encerró separadamente, á cada uno en su calabozo. Mientras el Jurado deliberaba, corrió por el Tribunal la voz de que la mayoría de los jurados votaba por la inocencia. Entonces, Amat, Vouland y Vadier, acompañados de Fouquier, corren en busca del presidente Hermann,



para instarle á emplear con los jurados todos los medios posibles, hasta obligarles á declarar la culpabilidad». El caso no era grave. La vacilación debió ser instantánea, un momento en que la voz de la justicia se sobrepuso en la conciencia de los jurados al miedo ó á la pasión. Por tan segura se tenía la condenación, que aún no se había dado el veredicto y ya los impresores componían el texto de la sentencia de muerte, que pregoneros habían de vender por las calles. Aquello no pudo llamarse proceso; fué un verdadero asesinato. Contra lo que la ley disponía, la sentencia se pronunció ausentes los acusados; un escribano fué á notificársela en la cárcel, á cada uno por separado. Quince fueron los condenados. Menos mal que en la sentencia se tuvo el pudor de separar á los que se había confundido en los mismos bancos. A Dantón y sus amigos, excepto Fabre, se les declaró vagamente convictos de conspiración, sin que se insistiese en sus imaginarias concusiones; á los otros, incluso Fabre, convictos de haber traficado con su opinión como representantes del pueblo, ó de cómplices de los representantes infieles, y de haber trabajado con ellos en destruir la República por la corrupción. Realmente, no había más que tres culpables: Chabot, Delaunay y un abastecedor de los ejércitos.

En la Conserjería, Camilo Desmoulins, con su sensibilidad femenina, habíase acurrucado en un rincón del calabozo. Lloraba, pensaba en aquella joven mujer que dejaba en manos de sus verdugos; repetía con sollozos el triste «adiós» que escribiera á su Lucila la víspera del proceso. También Dantón dejaba una mujer adorada; pero más viril y superior á los goces humanos, que había bebido hasta las heces, se presentaba más altivo que nunca cara á cara con la muerte, que parecía no rezar con él, y que no había siquiera de hacerle palidecer. Quería probar á los hermanos Cain, Robespierre, Billaud y Saint-Just, que le inmolaban, que sabía morir como había vivido. Sus últimos pensamientos en aquellas horas que tan veloces corrían, guardaban la doble expresión de varonil energía y de soberbio sarcasmo que constituía el fondo de su naturaleza. Ya razonaba con entera calma sobre el juicio que la posteridad dictaría sobre él.—«Tengo el dulce consuelo de creer, decía, que el hombre que va á morir como jefe de la facción de los *indulgentes*, hallará gracia á los ojos de la posteridad. Que se prolonguen cuanto se quiera estos rigores. Cuando los condenados marchan riendo al suplicio, tiempo es de romper la cuchilla de la muerte». Y como para probar que la risa, y el chiste, y la baladronada podían resonar hasta en la carreta del verdugo, volvióse hacia Camilo y, ridiculizando las lágrimas de éste, exclamó: «Entonces, ¿qué dirás tú cuando Sansón te desmandibule las vértebras cervicales?» Terrible ironía, chiste de titán, que desafia no solamente la muerte, mas también el dolor. A Fabre d'Eglantine, disgustado por su no concluída comedia, le dirá caminando al suplicio: «¿Versos? en ocho días harás más que tú quieras». Luego, poniéndose grave, añadió: «Hemos acabado nuestra tarea; vámonos á dormir».

La hora se acercaba. El verdugo y sus auxiliares se presentaron á desfigurar á los

condenados. Esta como degradación sentíase más que la muerte misma. Camilo luchó de nuevo, al punto de tener que sujetarle á la silla para raparle la cabeza. Asegúrase que pidió á Dantón ponerle en sus manos agarrotadas un rizo del cabello de Lucila que guardaba sobre su corazón. Dantón se entregó á su vez á las tijeras y á los cordeles del ejecutor. Su cara terrible sonreía desdeñosa. Dos carretas esperaban, rodeadas de gendarmes, delante de la lúgubre puerta, y la muchedumbre oprímíase contra las rejas, impaciente por volver á ver á Dantón. Camilo fué el penúltimo en subir; Dantón el postrero.—«Estos bestias, dijo Dantón mirando á la muchedumbre, van á gritar ¡Viva la República! al ver nos pasar. Dentro de una hora, la República estará sin cabeza».

De pronto, las carretas se ponen en movimiento, y, sable en mano, los gendarmes espollean sus caballos. Una agitación propagada en forma de ola se produjo en la compacta muchedumbre, que llenaba los alrededores del Palacio de Justicia, se alargaba á modo de monstruoso culebrón por los malecones del Sena y apoyaba su cabeza sobre la plaza de la Revolución, formando como un cortejo inquieto, hirviente, en torno de las fúnebres carretas. Dantón contemplaba sereno aquella masa gigante, aquella inmensidad anónima, dispuesta á todos los furors, á todas las reacciones, á elevar al tirano hasta la apoteosis, ó arrastrar al justo hasta las gemonías; ella era, aquella multitud flotante, la que había cometido el crimen del dos de Septiembre, que tanto apesadumbraba su conciencia. En aquel moviente montón de curiosos había de todo: dementes que cantaban alegres la Marsellesa, y ciudadanos sensatos, aunque en menor número, que, al ver á Dantón, Camilo, Herault y Filipeaux ser llevados al cadalso, se preguntaban, como Fabre, si se había hecho la contra-revolución. ¡Qué reflexiones no les asaltarían á estos patriotas yendo á morir por aquel pueblo que, al verlos pasar maniatados, los insultaba! ¡Qué de veces no se repite en la Historia la pasión de Cristo! Pase que la muchedumbre se pusiese á reir delante del ex-capuchino Chabot; pero en presencia de Dantón, que habría querido conducirla en masa á la frontera y de sus harapos hacer brotar el heroísmo; pero en presencia de Desmoulins, que en la aurora de la Revolución le había señalado el camino de la Bastilla. ¡Qué amargos giros de pensamiento no se sucederían en los cerebros próximos á enfriarse de los condenados!—El hombre que se ahoga, vuelve á ver de repente, como á la rápida luz de un relámpago, su vida entera, sus infantiles impresiones, sus primeros goces, sus antiguos amores. Así Camilo reveía el cuadro entero de su pasado, sus paseos por el Luxemburgo, sus sueños de libertad, de gloria, sus encuentros con Lucila, su dichosa fiebre de matrimonio, sus goces íntimos, sus conversaciones junto al fuego con Bruno ó Freron, y sus largos ratos de delicia mirando la blanca cuna en que dormía su pequeñuelo Horacio. Mas ¡ah! todo había concluído. Cada vuelta de rueda de la carreta le acercaba al término inevitable. Allá abajo estaba Sansón acechando el instante de poner fin á su espiritual mundo de ensueños y de esperanzas. Entonces, presa de rabia y deses-



peración, forcejea para romper sus ataduras, hace trizas la camisa, dejando al descubierto la espalda, el cuello y el pecho enflaquecidos, y en este lastimoso estado, dirige á la muchedumbre una postrera apelación, más perdida en aquel mar de cabezas insensibles que en un desierto:—«Te engañan, pueblo, gritaba con voz enronquecida. ¡Pueblo, son tus servidores á los que se inmola! Soy yo, el que en el ochenta y nueve te llamó á las armas; yo, el que dió el primer grito de libertad! Mi único crimen es haber derramado lágrimas.» Vanos acentos. El condenado, como todos los vencidos, no cosechaba más que insultos.—«¡Cállate, le dijo Dantón, no te ocupes en esa canalla!»

La tarde declinaba. El tiempo estaba espléndido, como en toda aquella terrible primavera de mil setecientos noventa y cuatro, tan hermosa, tan brillante, tan pura como no se había visto otra, al decir de los viejos, en lo que alcanzaba la memoria de los vivos. La carreta avanzaba lentamente, por entre la apiñada multitud. El académico Arnault, que le vió pasar, ha bosquejado, en sus *Recuerdos de un Sexagenario*, un cuadro inolvidable de aquel grupo de jóvenes brillantes llevados al cadalso. En el rostro de Dantón, que conservaba su color natural, veíanse pintados el desdén y el desprecio. Herault, con la frente arrugada y colorada la mejilla, parecía espectador más que actor en el terrible drama que se estaba desarrollando; miraba aquella extensa y ondulante superficie de caras feroces, indiferentes ó compungidas, con la flemma del pintor que estudia el Océano durante la tempestad. Fabre parecía abatido: Camilo hablaba, invocaba, gritaba siempre. Delante de un café, Dantón vió á David dibujando de paso á las víctimas: «¡Adiós!», le gritó. Al pasar por delante de la casa de Robespierre, cuyas ventanas estaban cerradas como en un duelo, Camilo se esforzó en hacer llegar hasta sus oídos la maldición que Dantón vertiera en el Tribunal: «¡Mis enemigos no me sobrevivirán!»—«¡Robespierre, te arrastró!» gritó por su parte el incomparable Tribuno.

Unas vueltas más de la carreta, y por cima de la inmensa muchedumbre que llenaba la plaza de la Revolución, los condenados iban á ver la horrible máquina, cuyo hierro, aunque enmohecido, chispeaba á los rayos del sol poniente. Millares de seres humanos esperaban ávidos de ver cómo morirían los *indulgentes*. En los fosos de la plaza, las ventanillas estaban llenas, y en ellas se brindaba y se cantaba. Un rayo de sol teñía la elevada estatua de la Libertad que madama Roland había saludado al morir y donde palomas, indiferentes á los dramas que apasionan á los hombres, habían construido su nido. Las lilas florecían en las terrazas de las Tullerías. Y toda esta atmósfera primaveral de fiesta, de alegría, de vida, ceñía como con un marco el drama del suplicio y contribuía por el terrible contraste á hacerlo más triste, más conmovedor. ¡Qué desesperante es la indiferencia de la naturaleza á los sufrimientos de los hombres!

La carreta se paró, por fin, al pie del cadalso. Herault de Sechelles, siempre tranquilo y firme, descendió el primero; dirigió la mirada hacia el lado del Guardamuñe, donde

una mano de mujer le enviaba, por entre las hojas semiabiertas de la ventana, el último adiós. Quiso abrazar y besar á Dantón; los verdugos se lo impidieron. Dantón se encogió de hombros y dijo:—«Imbéciles, no impediréis que nuestras cabezas se abracen en el cesto.» Cuando llegó la vez á Camilo, recobró en el patíbulo la calma que le había faltado durante el camino.—«¡He aquí, dijo con amargura mirando los dos brazos cortantes y rojos de la guillotina, he aquí como debía acabar el primer apostol de la libertad!»; y señalando el rizo blondo del cabello de Lucila que apretaba, desde la Conserjería, entre los dedos, dijo al verdugo:—«Haz que este rizo llegue á mi madre política...»—«¡Oh! ¡pobrecita mujer mía!» añadió. Se le empujó debajo de la cuchilla, y su cabeza rodó, Dantón subió el último. Arnault, que le vió erguirse de aquella manera, los pies en la sangre de sus amigos, sobre la horrible plataforma, compara á una sombra del Dante aquella silueta audaz y atlética proyectándose sobre el horizonte. El sol poniente arrojaba sobre su semblante altivo como reflejos de fragua. Aquella cabeza, que ayer aparecía en la tribuna inspirada é imponente, guardaba su poder y su expresión soberana hasta en el cadalso. También Dantón pensó en su mujer. Sus firmes labios dejaron escapar estas palabras, semejantes á un suspiro:—«¡Mi bien amado, ya no te volveré á ver!» Pero reponiéndose inmediatamente y recobrando el entero dominio sobre sí:—«Vamos, Dantón, dijo en alta voz, fuera debilidad.» Miró al verdugo cara á cara, y con su voz de trueno le dijo:—«Tú enseñarás mi cabeza al pueblo, vale bien la pena, no se ven parecidas todos los días.» Su última palabra fué una orden. La roja cuchilla cayó, y el gran tribuno dejó de existir.

«A los reyes sólo se les da en la cabeza,» había dicho Dantón un día. Y en efecto, en la cabeza dió la Convención al rey de la República, al rey que reinaba por la elocuencia, el valor, la audacia y la altivez, que son también monarquías y las únicas que se debería admirar. Así lo sintió todo el mundo. Cuando aquella poderosa cabeza cayó, lanzó la muchedumbre un gemido prolongado; luego desfiló cabizbaja y en sombrío silencio. Sentía que la República acababa de ser herida en el corazón.

No bastó á Saint-Just y comparsa con toda esta sangre ilustre; fué menester dar curso á la conspiración del Luxemburgo, que había suministrado uno de los argumentos para la condenación de los dantonistas. A la misma hora en que éstos eran sacrificados, Vadier subía á la tribuna de la Convención, y después de manifestar que había asistido, sin ser visto, á los escandalosos debates del Tribunal revolucionario, declaró que en aquellos momentos Dillon y Simond conspiraban en la cárcel. «Habían organizado una corte de malvados, dijo, que debían salir del Luxemburgo, tomar los alrededores de los comités de Salvación pública y de Seguridad general, caer sobre los individuos que los componen é inmolarlos á su furor.» «Y estos hombres, terminaba, estos hombres respiran todavía!» Couthon le sucedió en la tribuna, y pidió una nueva sentencia de muerte. En su virtud, á la noche siguiente, los presos acusados de haber tomado parte en la conspiración de las